

LA BATALLA DE LA MOJONERA

Bernabé GODOY

I

NOTICIAS SOBRE MANUEL LOZADA

ENTRE EL 28 Y EL 29 DE ENERO de 1873 se trabó en las cercanías de Guadalajara la batalla que daría fin al poder de Manuel Lozada, conocido también por *El Tigre de Álica*, célebre guerrillero conservador.

Nació el 22 de septiembre de 1828 en el pueblo de San Luis, situado a 20 kilómetros al Oriente de la ciudad de Tepic, cabecera del 7º Cantón del Estado de Jalisco en la antigua división territorial, y actualmente capital del Estado de Nayarit. Sus padres fueron Norberto García y Cecilia González; pero él adoptó el apellido de su tío, José María Lozada, con quien vivió desde pequeño. Era mestizo; y sus familiares fueron campesinos pobres. Carecía de escuela. Aprendió a dibujar su firma.

EN EL CAMINO REAL

Empezó Lozada sus correrías por el año de 1853, al frente de una gavilla que con el tiempo se fué haciendo cada vez más grande.

Carlos Rivas Góngora, terrateniente y alto empleado de la casa Barron, Forbes y Cía., cuya matriz radicaba en Tepic, estableció premeditadamente contacto con el salteador, a quien cedió con amabilidad la cabalgadura, iniciando así una amistad favorable a los intereses de ambos.¹ De ella se derivó el entendimiento entre Lozada y la poderosa firma de los patrones de Rivas, que de este modo lograron disminuir en breve tiempo el poder de otra fuerte negociación de ascendencia española, la casa Castaños.

Mientras la República se debatía en las contiendas civiles, los contrabandos iban y venían por las costas nayaritas al

amparo de las partidas "lozadeñas". No era sólo que el pobre erario nacional dejara de recibir los beneficios fiscales; la extraña sociedad Lozada-Barron, Forbes y Cía. obligaba al sacrificio de energías, humanas y materiales, en esa campaña que venía a sumarse a las tribulaciones de la patria.

Eustaquio Barron Jr. y Guillermo Forbes, miembros del cuerpo consular, frustraron las consecuencias del informe que el general Santos Degollado rindió en 1856 al gobierno de la República, en relación con las actividades ilícitas de la negociación regentada por los ambiciosos diplomáticos, contrabandistas en gran escala desde 1834. La nación tuvo que soportar un desagradable incidente con Inglaterra.

El terrible bandolero fué subiendo en categoría; y en la liquidación político-ideológica que tuvo lugar durante las guerras de Reforma y el Imperio se convirtió en uno de los enemigos más encarnizados de la causa reformista.

EN EL PARTIDO CONSERVADOR

Lozada se incorporó al partido conservador en 1857. El 25 de octubre de 1858 capturó la población de Ixtlán. Los vencedores se dedicaron al saqueo y al crimen. "Tal suceso inquietó sobremanera al gobernador de Jalisco, don Pedro Ogazón, quien de acuerdo con el ministro de la Guerra, don Santos Degollado, a la sazón en Guadalajara, nombró Jefe Político y Comandante Militar del 7º Cantón al teniente coronel don José María Sánchez Román, quien salió de Guadalajara para Tepic con seiscientos hombres y seis piezas de montaña; pero no llegó a su destino en virtud de que en un punto llamado Salto del Conejo, cerca del rancho del Ocotillo, fué completamente destrozado por fuerzas lozadeñas." 2

El 11 de junio de 1859 Lozada atacó al coronel liberal Bonifacio Peña, en un lugar llamado Lomas del Espino. Las fuerzas lozadeñas perdieron en la acción, que ocasionó la muerte del coronel Peña.

El 28 de junio de 1859 entró a Tepic el general Leonardo Márquez. La población había sido evacuada por los liberales. Márquez dejó como jefe de las fuerzas conservadoras al general José M. Moreno.

El 7 de septiembre de 1859 el general liberal Esteban Coronado capturó Tepic, defendida por Moreno, Lozada y Fernando García de la Cadena.

El 27 de septiembre de 1859 destruyó Lozada, entre San Leonel y La Labor, a una fuerza de 400 hombres con tres piezas de artillería, al mando del coronel Ignacio Valenzuela, a quien fusiló y colgó, lo mismo que a los demás jefes y oficiales capturados.

El 2 de noviembre de 1859 Lozada y García de la Cadena sitiaron la plaza de Tepic, que capituló siete días después. Durante el sitio murió el general Coronado. Los liberales supervivientes, a las órdenes del coronel Fernando Cordero, salieron para Sinaloa, conforme a los términos de la capitulación.

El 17 de abril de 1860 el guerrillero liberal coronel Antonio Rojas fué sorprendido en Barranca Blanca por las fuerzas al mando directo de Lozada. El triunfo fué de Rojas, quien, según una versión (M. Cambre, V. Salado Álvarez), derribó a Lozada de la montura en combate singular, y lo hirió. En otra versión se afirma que Lozada “recibió una lanzada en un costado, y hubiera sido muerto; pero los que de su gente lo rodeaban mataron en el acto al coronel Partida, que fué el que lo hirió”.³

Los lozadeños abandonaron Tepic rumbo a la sierra, y los vecinos comprometidos fueron a refugiarse a San Blas, bajo el amparo de la bandera inglesa, que izaron en tierra los marinos de las fragatas “Amethyst” y “Pylades” a instancias del cónsul Juan Francisco Allsopp, ligado a la casa Barron. El incidente duró cerca de un mes e impidió el desembarque oportuno de artillería y parque destinados a las operaciones de los constitucionalistas sobre Guadalajara.

El 10 de mayo de 1860 los coroneles Rojas y Ramón Corona derrotaron en las lomas de Ixcuintla a las fuerzas conservadoras al mando del general Gerónimo Calatayud. Las tropas de Lozada huyeron, abandonando a Calatayud, que murió en la acción, lo mismo que gran número de sus jefes y oficiales.

El 8 de enero de 1861, al triunfar la causa liberal, los conservadores general Fernando García de la Cadena y coroneles Carlos Rivas y Manuel Lozada manifestaron al gobierno constitucional su propósito de someterse; pero ante la exigencia

de que desarmaran a su gente, prefirieron remontarse en la sierra.

Se inició entonces una campaña en contra de los obstinados rebeldes. Los coroneles Rojas, Corona y Anacleto Herrera y Cairo, tras de emprender varias acciones, resultado de un movimiento convergente, destrozaron a las fuerzas de Lozada en las inmediaciones del paso de Alica, sobre el río Santiago. Las operaciones se realizaron del 6 al 15 de marzo de 1861. Quedaron en poder de las tropas del gobierno la artillería y los trenes del enemigo.

El 6 de mayo de 1861 los lozadeños incendiaron el pueblo de San Pedro Lagunillas, después de vencer una débil resistencia, y mataron a cuchillo a doscientas sesenta personas.

El 17 de junio de 1861 un decreto del gobierno del Estado de Jalisco declaraba fuera de la ley a Manuel Lozada, Carlos Rivas, Fernando García de la Cadena y Jesús Ruiz ("Colimilla"); se ofrecían recompensas por su muerte.

El 5 de noviembre de 1861 fué incendiado por orden de Lozada el pueblo de Jalisco, abandonado por la mayoría de sus moradores, que se habían refugiado en Tepic.

La campaña para exterminar a las huestes en rebeldía no había concluído aún, puesto que no se había llegado al verdadero objetivo. El clima, el conocimiento del terreno y la complicidad de los familiares de los combatientes, que suministraban informes y resolvían casos apurados, unido a tremendas lecciones para quienes opinaban de manera diferente, como la matanza de San Pedro Lagunillas, habían dejado a los lozadeños la posibilidad de conservar su poder y, por tanto, de recuperar su prestigio en los pueblos nayaritas.

Ogazón planeó una segunda campaña y se trasladó a Tepic, donde pasó revista el 29 de noviembre de 1861 a una fuerza de más de 5,000 hombres, de las tres armas.

El 27 de diciembre de 1861, después de sufrir una emboscada que le ocasionó fuertes pérdidas, Corona desalojó a los lozadeños del cerro llamado Toro Macho, inmediato a la Barranca de los Otates o del Muerto. Al día siguiente, la misma fuerza de Corona derrotó a unos 3,000 lozadeños en el Portezuelo de la Cuesta de Piña. El día 30, Ogazón, Rojas y Corona se reunieron en Aguapán.

Los rebeldes volvieron a la campaña de guerrillas; pero

la amenaza de la intervención extranjera la dejó en suspenso. Alarmados los vecinos de Tepic por la retirada de las tropas del gobierno, promovieron la concertación de un convenio que pusiera fin a la contienda; ese convenio era ventajoso para Lozada, porque solamente lo obligaba a estar en paz, y también para el gobierno, que así se quitaba de encima una preocupación en ese trance tan difícil. La intervención de los civiles de Tepic partió de una ladina propuesta de Corona hecha a través de personas de su confianza radicadas en Mazatlán.⁴ El tratado se celebró en la laguna de Pochotitán el 24 de enero de 1862 y fué ratificado por Ogazón y Lozada el siguiente 1º de febrero.

AL SERVICIO DEL IMPERIO

No tardó Lozada en faltar a su compromiso, y en lanzarse con sus gentes a la aventura del Imperio. El 30 de mayo de 1862 sus hombres tendieron a Corona una artera emboscada en el rancho El Marquesado, en las estribaciones del Ceboruco; pero el jefe republicano pudo librarse.

El 1º de junio de 1862 Lozada declaraba en San Luis "in-subsistente el tratado celebrado a 1º de febrero de 1862 con el señor gobernador don Pedro Ogazón". Se hacía llamar "General en Jefe de *esta* División", sin decir qué poder gubernamental le había conferido el nombramiento.

En la madrugada del 2 de junio de 1862 atacó la plaza de Tepic. Venció la resistencia desorganizada de la desprevenida guarnición; fusiló a los oficiales del batallón Degollado y se apoderó de material de guerra.⁵

El 19 de octubre de 1862 las fuerzas lozadeñas repelieron un ataque de Corona sobre Tepic, ocasionándole pérdidas de consideración; y posteriormente, una derrota sufrida por el teniente coronel Antonio Vallejo, que había quedado con el mando de la tropa de Corona mientras éste iba a Sinaloa, dejó la plaza de Santiago en poder de Lozada.

Fortalecido con los éxitos recientes, mayores que los descalabros, el Tigre de Álica resolvió ampliar su radio de acción, aunque sin fortuna. Carlos Rivas atacó la población de Ahualulco con 3,000 hombres, el 17 de abril de 1863. Lo repelió el coronel Isidoro Ortiz, no sin que los lozadeños hubie-

ran tenido tiempo de cometer sus actos vandálicos en la parte de la población que pudieron dominar durante el ataque.

El 15 de agosto de 1863 los jefes y oficiales del llamado Primer Cuerpo de Auxiliares del Ejército firmaron en el pueblo de San Luis el acta de adhesión al Imperio. Lozada figuraba como "General Comandante" de dicho cuerpo.

Desde abril de 1863 la única fuerza liberal de alguna consideración en lo que ahora es el Estado de Nayarit permanecía en Acaponeta, al mando de Vallejo; esta fuerza, hostilizada por los imperialistas, tuvo que emigrar a Durango.

Lozada y el comandante de la marina francesa L. Kergrist sitiaron por tierra y por mar el puerto de Mazatlán, que fué abandonado sigilosamente por los republicanos el 13 de noviembre de 1864 y en seguida ocupado por los imperialistas. Lozada regresó a Tepic con la mayor parte de sus efectivos.

A mediados de abril de 1865 llevó a cabo una nueva expedición victoriosa hasta Mazatlán en auxilio de las fuerzas francesas.

A mediados de febrero de 1866 inició una tercera incursión por Sinaloa, en combinación con un movimiento franco-mexicano. Ramón Corona, ascendido entre tanto a general y entonces jefe de las tropas de Sinaloa, dividió en dos secciones la gente de que disponía; una de ellas obligó a regresar a los imperialistas que habían salido de Mazatlán, y la otra sostuvo en Concordia, el 1º de abril, una acción encarnizada contra los lozadeños, de resultados dudosos. Lozada regresó a Tepic.

Cuando su partido, en difíciles circunstancias, más lo necesitaba, el flamante general del Emperador dejaba que, entre el 7 y el 8 de enero de 1867, pasara por Tepic sin sufrir la menor hostilidad el general republicano Corona, que se dirigía a Querétaro para participar en su sitio. Mañosamente, el Tigre de Álica se había declarado neutral el 1º de diciembre de 1866.

EL CACIQUE

Lozada aprovechó la falta de estabilidad del régimen conservador y de su prohijado, el imperialista, que nunca estuvieron en circunstancias de poder arriesgarse a perder un

valioso contingente militar; gracias a esto, Lozada pudo mantenerse con verdadera autonomía. Durante los diez años que van de principios de 1863 a los primeros meses de 1873 Lozada resistió victoriosamente las embestidas —inconstantes, porque los liberales no pudieron ya prestar suficiente atención a la campaña— dentro del 7º Cantón de Jalisco, y hasta pudo hacer incursiones por el Estado de Sinaloa y actuar desde el pueblo de San Luis como amo y señor del territorio que dominaba. Muchos partidarios de la causa liberal abandonaron la región y fueron a radicarse a los lugares donde se consideraban seguros.

En su espurio gobierno Lozada imponía el orden mediante el terror. El hombre pacífico podía transitar por los caminos con el mínimo posible de riesgos, por lo menos mientras no se presentara algún acto bélico que hiciera desbordar los instintos. Sólo los simpatizadores ostensibles de la República que no habían emigrado eran ocasionalmente objeto de desconfianza y de represalias. La administración pública funcionó con relativa regularidad.

Aunque sus actos se apartaban de las normas piadosas —seguramente porque estimaba que sus funciones y categoría políticas lo excusaban—, Lozada fué un creyente y hasta un guardián de las instituciones católicas, actitud acorde con su ideología conservadora, que el clero regional aprovechó para suavizar algunas de sus determinaciones.

Entre los amagos y la lucha, las necesidades del cacicazgo lo indujeron a tratar de “poner punto final a las cuestiones suscitadas entre los indígenas de algunos pueblos y propiedades rurales”,⁶ creándose en esa forma, sin el amparo legal, intereses agrarios que inútilmente se quisieron imponer al Gobierno mediante la insubordinación. “A fines del año de 1869 nombró Lozada una comisión compuesta de un individuo de cada pueblo del territorio, para que examinara las escrituras de todos los propietarios rurales y resolviera las cuestiones que había pendientes entre éstos y los indígenas de los mismos pueblos, teniendo que sujetarse dicha comisión en sus operaciones a un reglamento que formó y le dió el mismo Lozada. . . . Se componía de individuos escogidos de entre los mismos interesados: en los pocos actos que ejecutó, declaró nulas la mayor parte de las escrituras que le presentaron a examen,

y los terrenos a que éstas se referían fueron anexados a los pueblos inmediatos; pero no fueron más que dos o tres pueblos en los que funcionó esta comisión, porque los acontecimientos subsecuentes hicieron corta su duración".⁷

La poderosa empresa Barron, Forbes y Cía. no había dejado de realizar sus cuantiosos negocios. A su alrededor, el resto de la población, salvo apenas unos pocos operadores en mediana escala, se había movido en plano de pigmeos. Pero esta negociación se retiró, y en el transcurso del tiempo surgió otro potente monopolio de extranjeros, la casa Aguirre, que en su desarrollo llegó a igualar a su predecesora. (Su situación preponderante, sobre todo desde que la firma Barron liquidó sus negocios en el territorio, cediéndole definitivamente el campo, continuó hasta que, en el presente siglo, el reparto agrario desbarató su latifundio.)

Corona se encontró, en su paso a Querétaro, con un "Estado" de Tepic gobernado por Manuel Rivas.

El 7 de agosto de 1867, el gobierno republicano expidió un decreto que separaba del Estado de Jalisco al 7º Cantón, para formar con él un Distrito militar sujeto directamente al Centro.

Extinguido el Imperio, Práxedes Núñez se rebeló contra Lozada el 26 de agosto de 1872 en Atonalisco, con numerosa fuerza. Lo batió Ramón Galván, en el cerro de La Silla, empleando aún más gente; y Núñez y algunos de sus subordinados se incorporaron en Guadalajara a las tropas de la 4ª División. Los lozadeños desarmaron al batallón federal que guarnecía a Tepic y arrasaron el pueblo de Atonalisco.

El Tigre de Álica pretendió detener la acción del gobierno federal y aún sacar partido de la situación; pero el presidente Lerdo de Tejada se negó a considerarlo en su papel de amo de la región en que operaba; dijo a los emisarios que no había otro medio de estar en paz que someterse al gobierno y a sus leyes; "...de lo contrario, su deber [el del gobierno] es hacerse obedecer, y lo hará, mandando sus fuerzas dentro de un mes, de un año o de diez, según le convenga".⁸

Colocado al margen de las instituciones legales, Lozada perdía prestigio. En su descenso se había enemistado con los miembros de la casa Barron, Forbes y Cía., a quien ya no podía ser útil.

EL CAUDILLO

Asociado con el inquieto ex-gobernador de Sinaloa, Plácido Vega, entonces descontento con el gobierno de la nación, Lozada se declaró en rebeldía. Suscrito en San Luis por representantes de "los pueblos hermanos del Nayarit" y fechado el 17 de enero de 1873, aparecía un manifiesto con el nombre de "Plan libertador proclamado en la sierra de Álica por los pueblos unidos del Nayarit". Lozada era nombrado general en jefe del "Ejército Mexicano Popular *Restaurador*".

El objeto de este levantamiento era provocar una revolución general; la creencia de que se llegaría a interesar a la nación es evidente en los artículos del Plan. Una cláusula del artículo 7º hace referencia a las invitaciones que los rebeldes de todos los matices habían hecho a Lozada, cuando de él necesitaron; se esperaba reunir a los descontentos del régimen: "No debiendo olvidar las varias y generosas invitaciones que los principales caudillos de las diferentes revoluciones nos hicieron, que no aceptamos, como amantes de la paz pública". Además se creía que después de la toma de Guadalajara el levantamiento haría muchos adeptos entre los trabajadores del medio rural. No había, en rigor, un verdadero plan, pero sí un fuerte espíritu demoledor, opuesto diametralmente a los objetivos de los reformistas, interesados en quitar al clero sus pertenencias—sin que importara en ningún sentido el desarrollo del latifundio—, y fijar el legalismo liberal. Según Pérez González, Lozada "tenía razón cuando aseguraba que al tomar la capital de Jalisco se le unirían cien mil hombres, porque antes de emprender aquella campaña había él mandado comisionados secretos a varios pueblos de aquel Estado, convocando a la raza indígena a que se le uniera para efectuar un levantamiento, tomando por enseña la religión y los intereses generales del linaje indio".⁹ Sin estas esperanzas, el movimiento carecería de toda explicación.

La independencia política de la región nayarita indudablemente convenía a los lozadeños; pero no llenaba sus propósitos. Su obsesión era asegurar el feudo agrario, con el que querían compensar sus sacrificios, proporcionándose un medio de subsistir. En uno de los "considerandos" del documento se expresaba el odio a las "clases privilegiadas". Lozada, sin

embargo, se había entendido bien con ellas, y si iba a pelear era porque el gobierno nacional le negaba un *privilegio*, y porque quería defender otros, los del poder eclesiástico. Su engreimiento con el mando autónomo no le permitió apreciar en todo su alcance el sesgo típicamente *legalista* que por esos días adquiría la nación: *nada* que fuera contrario a la ley y al mando supremo del Gobierno podía pasar. Un Estado al margen de otro Estado sólo se toleraba mientras no se tuvieran las facilidades para acabar con él; eso es lo que quería decir la contundente respuesta de Lerdo de Tejada.

En cualquier forma, a Lozada no se le ocultaba que sólo le quedaban dos caminos: disciplinarse, entrando al servicio del gobierno o retirándose por completo de sus intereses políticos, o bien rebelarse. Tal vez pensara en retirarse; su salud flaqueaba y, según sabemos, se resistía a la aventura definitiva. Pero la fidelidad y el afecto a su gente, que en su mayoría quería la guerra, lo hicieron ceder. El famoso guerrillero acabó por entregarse totalmente a la egolatría de quienes se creen "predestinados"; en la última etapa le gustaba que lo trataran de "Excelentísimo", y aceptó que llamaran al pueblecillo de San Luis "la ciudad de San Luis de Lozada".

Así, por encima de la cordura, se dejó convencer, hasta perder todo sentido de la proporción y lanzarse a la revuelta con un plan ilógico: en nombre de "la soberanía, progreso, bienestar social y político de *estos pueblos*", se hace referencia al propósito del gobierno de realizar la unidad conforme a la ley, como a "la injusta guerra que el Gobierno nos declara". Y, contrariamente, se promete que al triunfo del movimiento, la voluntad democrática será la que dirija los destinos de la nación. La contradicción es evidente, porque ¿que pasaría si esa voluntad "soberana" no acordaba respetar la *soberanía* de los pueblos del Nayarit, con sus "fronteras", y la recuperación de los fueros eclesiásticos?

En el plan se emplea una y otra vez la palabra "pueblos" con sentido claramente localista: "...*los pueblos* unidos del Nayarit" acordaron en Gran asamblea "organizar la administración pública, social, y la común prosperidad"; los políticos de mala fe no han "hecho en favor *de los pueblos* el más leve sacrificio; por tal razón se ven obligados éstos [los de Nayarit] a levantarse en masa"; "en diferentes épocas *algunos pueblos*

se levantaron para hacer valer sus derechos"; "...*los pueblos* de la sierra de Álica desde épocas anteriores han reconocido como centro de unión al del Nayarit, los que de acuerdo se han dirigido, por medio de una comisión de personas de respetabilidad y confianza, al mismo licenciado Sebastián Lerdo de Tejada, para que con aquel funcionario arreglasen *diplomáticamente* del modo más satisfactorio la organización administrativa, social y progresista de *los mencionados pueblos*"; "...el citado licenciado Lerdo de Tejada ha tratado como de costumbre, con su malhadada política, como queda demostrado por la contestación que de palabra y por escrito ha rendido la comisión, entorpeciendo de hecho la *soberanía*, progreso, bienestar social y político de *estos pueblos*"; "...[por] los partes recientemente recibidos de *los pueblos* de la Sierra de Álica, reconociendo como siempre el centro de unión al de Nayarit..."; "...no nos ha quedado otro remedio, a nuestro pesar, que aceptar *la injusta cuanto infame guerra que se nos declara*, tomando *los pueblos* hermanos del Nayarit la iniciativa..."; "...*los pueblos*, despertando del letargo en que estamos, nos levantamos en masa con las armas en la mano para que del fuerte sacudimiento que la nación tiene que experimentar, resulte el éxito feliz del grandioso principio de regeneración"; "...*los pueblos* del Nayarit tienen el orgullo de *aceptar la guerra...*"; "las fuerzas armadas que sostengan esta causa se denominarán Ejército Mexicano Popular Restaurador, reconociendo como general en jefe al ciudadano Manuel Lozada"; etc., etc.

Nada hay suficientemente preciso; no hay un verdadero mensaje a la nación, al pueblo, al campesino, al indio, al proletariado o a quien fuese. Se han dado a la rebuscada sustancia del documento diferentes interpretaciones; lo cierto es que, para quien lea a primera vista —y estaba destinado a ser leído de ese modo—, el Plan resulta algo confuso, más propicio a la desconfianza que al entusiasmo. Si hay quienes han explicado el movimiento como una lucha de castas es porque se gestaba en una región donde preponderaba la raza india, por lo mal pergeñado del texto y por los crímenes de los firmantes en las zonas fuera de su control. No obstante, otra cosa se pretendía decir: los pueblos de Nayarit están armados; mientras los gobernaba un cacique han recibido para su cultivo

tierras de las haciendas; el gobierno ha faltado a la obligación moral de aceptar lo hecho por aquél, y se niega a reconocerlo como soberano de la región. El carácter legal o ilegal de lo que queremos no nos interesa; nos basta la convicción de que es justo. Por tanto, nos constituímos, valiéndonos de las armas, en los guías de la nación; y restableceremos las normas conservadoras.

Hubiera sido sencillo y de interés nacional —aunque siempre ineficaz a esas alturas, por la filiación antirreformista de los promotores¹⁰— presentar con claridad una planeación agraria; los rebeldes hubieran podido echar mano para esto de los mismos trazos de la legislación reivindicadora propuesta por el Consejo Imperial de Ministros que aprovecharon al realizar los deslindes.¹¹ Pero por una parte confiaron en que “los pueblos” comprenderían su mensaje,¹² y por otra los nuevos consejeros de Lozada no hubieran sido capaces de hacerlo; en parte eran más ineptos que él mismo.¹³

En resumen: el manifiesto exhibe un caso apenas disimulado de autovaloración desmedida, consecuencia del prolongado ejercicio del poder arbitrario. En cuanto a la doctrina misma, Lozada y los suyos volvían, en los momentos más inoportunos y sin el prestigio nacional indispensable, sobre los ideales conservadores: el lema “Religión y Fueros” y, en un plano tranquilizador, el noble intento agrario del Imperio.

Si a Lozada no le tocó morir como Maximiliano,¹⁴ tuvo poco tiempo después un modesto equivalente: los soldados del ejército republicano —sus constantes enemigos, ahora reforzados con los que habían sido sus partidarios— lo persiguieron sin descanso. En la mañana del 19 de julio de 1873 pusieron fin a su azarosa vida en una pequeña elevación de la sierra mexicana, derivación del majestuoso Sanguangüey, al Este-Noreste de la ciudad de Tepic.

No sin fundamento, se dice que la empresa Aguirre tomó a su cargo la fortuna de Lozada. La señora Eligia M. Vda. de Lozada se alojó en la casa de la familia de Juan Antonio Aguirre; después se separó de ella, y los multimillonarios españoles le pasaron, hasta el fin de sus días, una pensión miserable. En su penuria, vendió los pocos objetos más o menos valiosos que le quedaban. Ofreció a don Julio Fuentes un

aderezo, regalo de la Emperatriz, que Fuentes, a pesar de las instancias de su hija, doña Casimira, no adquirió por su animadversión hacia la causa del guerrillero.

II

LA BATALLA

LAS FUERZAS DE LOZADA se dividieron en tres columnas. Una de ellas se dirigió a Sinaloa; la destrozaron en El Rosario las tropas del gobierno, mandadas por el coronel Altamirano. Otra salió con rumbo a Zacatecas; retrocedió sin combatir, al enterarse su jefe, Dionisio Jerónimo, de los fracasos de sus compañeros de El Rosario y La Mojonera.

La columna de mayor importancia, de más de siete mil hombres, marchó sobre Guadalajara. En su ruta al desastre, el 24 de enero de 1873 la detuvo una pequeña fuerza de gen darmes y vecinos de Tequila, al mando del jefe político Sixto Gorjón, con una defensa vigorosa de sólo cinco horas. Al advertir la inutilidad de su resistencia, los defensores se rindieron, y lograron quedar libres mediante rescate. Lozada aceptó la explicación de que ignoraban sus propósitos por no haber recibido su aviso, a causa de un retardo del correo.

Se advierte, desde luego, que Lozada ya no actuaba como en los días de sus sanguinarias hazañas. Pero la población de Guadalajara no tenía por qué creerlo así y temía lo peor. "Apenas se supo en esta ciudad la aproximación del enemigo, cuando el Sr. Gobernador dictó medidas enérgicas para salvar la situación. En el acto se expidió una proclama, llamando a las armas a todos los ciudadanos, y el decreto. . . por el cual se ordenó la creación de la guardia nacional."¹⁵

El gobierno del Estado, a solicitud del Ayuntamiento de Guadalajara, había realizado en torno de la ciudad algunas obras preventivas contra el posible ataque de Lozada; y la misma corporación municipal, en sesión del 25 de enero,¹⁶ acordó redactar una excitativa que se dió a la publicidad, previa aprobación del gobierno estatal. Se integró una guardia municipal de voluntarios que quedó en la población mientras las fuerzas salían a campaña.

Todo induce a creer que al Ministerio de la Guerra le

interesaba más desprestigiar al general Ramón Corona, por rivalidades políticas, que acudir en auxilio oportuno de una ciudad que estaba urgida de él. A los informes telegráficos acerca de los preparativos de los rebeldes contestaba "que ya se proveería y que, para batir a las gavillas de Lozada, bastaría hacer marchar alguna fuerza al mando de un jefe de la guarnición".¹⁷ En el cuartel general trabajaba sin descanso el Estado Mayor, tratando de encontrar la forma de disponer la defensa.

«La guarnición de Guadalajara tan sólo contaba con dos mil cuatrocientos soldados de las tres armas. La 4ª División tenía en lejanas fracciones sus unidades de combate. . .

»El General en Jefe siempre se veía asediado por los vecinos más prominentes de la ciudad inquiriendo con sumo interés nuevas noticias del enemigo.

»Convencido el general Corona de que sólo un acto de audacia podía salvar esa situación, bien difícil, resolvió batir al enemigo fuera de la plaza, que no contaba con ningunos medios estratégicos de defensa.

»Al efecto, el 27 de enero, a las diez de la mañana, desprendiase del cuartel general el Estado Mayor para comunicar las últimas órdenes de marcha.

»La consternación veíase pintada en todos los semblantes. Numerosos grupos de gente alarmada se agolpaban en las inmediaciones de los diversos cuarteles de la guarnición.

»En las calles sólo se escuchaba el apresurado galopar de los caballos que montaban los ayudantes, comunicando las postreras órdenes del General en Jefe.

»A las once de la mañana desfilaban nuestras tropas a la sordina con rumbo a la garita de Zapopan. El modesto general Corona, rodeado de su Estado Mayor, cruzaba las silenciosas calles de la ciudad en medio de la muda, pero bien significativa despedida del azorado pueblo. . .

»Al llegar a la citada garita, el General en Jefe procedió a la organización de la columna de combate, en la forma siguiente:

»Descubierta avanzada: guerrilla exploradora al mando del teniente coronel Praxedis Núñez, con 30 guerrilleros. Brigada de vanguardia: compuesta de los batallones de infantería números 14º y 21º con dos piezas de montaña y una de

batalla, a las órdenes del C. general Prisciliano Flores. Centro de columna: el 6º cuerpo de caballería y 70 gendarmes montados del Estado, al mando del coronel Leopoldo Romano; trenes de artillería, parque general, impedimenta y ambulancia, al mando del mayor general coronel Rafael Barrón. Brigada de retaguardia, con los batallones de infantería 11º y 12º y dos compañías del 9º de la misma arma a las órdenes del C. general Gregorio Saavedra.

»El general Corona, con su Estado mayor, marchaba en seguida de la guerrilla exploradora.

»Organizada de esta manera la columna de combate, a las 3 de la tarde se emprendió la marcha para Zapopan. El orden más perfecto y el silencio más absoluto reinaba en las filas, estableciéndose riguroso servicio de vigilancia.

»A las cuatro de la tarde llegamos a la citada villa. Inmediatamente se dió alojamiento a las tropas y se estableció el servicio de campaña, destacándose la gran guardia sobre el camino de la Venta del Astillero. En la torre del templo parroquial se establecieron los correspondientes vigías.

»En el gran atrio del templo quedaron acampados los batallones de infantería; la artillería y parque general quedaron instalados en el convento, y la caballería en un mesón inmediato a la plaza; el general Corona y sus ayudantes se alojaron en la Directoría Política.

»A las seis de la tarde se escuchó el agudo toque de corneta llamando a orden general extraordinaria, en la que se comunicaba a las tropas la continuación de la marcha para el siguiente día en el orden ya indicado; se nombró el servicio de Estado Mayor, el de general y jefe de día, el de oficiales de vigilancia, y se dió a reconocer como jefe del mismo Estado Mayor al C. comandante Nicolás España.

»En la noche, y bajo riguroso servicio de campaña, se hacía notable el más profundo silencio y el orden más correcto, y sólo se escuchaba a intervalos el grito de "Centinela, alerta...!"

»Muy cerca de las 11 de la noche, el ayudante de guardia en el cuartel general recibía al teniente coronel de gendarmes de Jalisco, Loreto Gutiérrez, quien en esos momentos llegaba de explorar al enemigo; dicho jefe dió parte al gene-

ral Corona de que Lozada, con numerosas fuerzas, pernoctaba en la Venta del Astillero.

»Desde ese momento el cuartel general púsose en plena actividad, comunicándose órdenes con todo sigilo a los jefes de brigada y demás unidades de combate; se procedió a atalajar la artillería y se dió la orden de botasilla. Se redobló el servicio de vigilancia en todo el campamento y especialmente en el puesto de gran guardia.

»A las 6 de la mañana del día 28, con la organización dada con anterioridad, nuestros soldados emprendieron la marcha sobre el camino de la Venta, observando siempre el mejor orden y compostura.

»El General en Jefe marchaba con su Estado Mayor, siempre a retaguardia de la guerrilla exploradora.

»Al llegar al rancho de San Rafael se avistaron los exploradores del enemigo: nuestros guerrilleros, con denuedo y entusiasmo, los hicieron retroceder en desorden por el mismo camino.

»Continuamos avanzando, y al llegar al rancho de La Mojónera, a las ocho de la mañana, las avanzadas de Lozada se nos presentaron haciendo los primeros tiros.

»En estos momentos, el joven capitán de Estado Mayor Bernardo Reyes fué mandado con 25 dragones del 6º de caballería para reconocer al enemigo.

»El general Corona, con asombrosa serenidad, ordenó: que la brigada de vanguardia desplegara en batalla frente al enemigo ocupando el lado occidental, apoyándose en los corrales del rancho y sosteniéndose en su movimiento por dos escuadrones de caballería; a la brigada de retaguardia, que desplegara en batalla por el flanco izquierdo, ocupando en ángulo recto con la otra brigada el lado norte del campo; que dos compañías del 9º batallón, al mando del denodado teniente coronel Teodosio Pérez, con el valiente capitán Juan José Navarro, ocuparan el lado Oriente, formando también ángulo recto con el flanco izquierdo de la brigada de retaguardia.

»Parte de la caballería, el parque general y la impedimenta quedaron situados en la parte Norte del campo de batalla, cerrando el cuadro. La sección sanitaria con su material quedó situada en una troje del mismo rancho.¹⁸

»Las referidas maniobras se practicaron con toda violen-

cia, a paso veloz y con la más completa corrección, sin que se escuchara un solo grito ni una alterada voz de mando.

»En seguida se estableció, casi en el centro del campo, una batería de batalla; y el General en Jefe, atento a todos los movimientos y especialmente al cuidado de la artillería, no desamparó aquel punto escogido para centro de sus operaciones.

»En esos supremos momentos de intensas emociones se incorporó a nuestro campo el valiente capitán Bernardo Reyes, pie a tierra, con el uniforme destrozado y con una pistola en la mano; tras él ocho dragones... En el reconocimiento que hizo del enemigo había dejado su caballo muerto y muertas las dos terceras partes de su tropa.

»Sobre el frente de nuestras líneas de batalla avanzaron extensas líneas de tiradores, que comenzaron su fuego a discreción.

»Bien pronto contemplamos al enemigo que, en inmenso semicírculo y a distancia de menos de un kilómetro, emprendió el ataque general a nuestras líneas ocupadas por las brigadas de infantería.

»¡Comenzó la batalla! ¡Los cañones dejaron oír su ronco estampido, y se escuchó el fuego graneado de la infantería! Oíamos a lo lejos la gritería... los vivas a Lozada y los vivas a... Religión y Fueros.

»El enemigo nos atacó con obstinado empuje, haciendo fuego con tres piezas de artillería.

»Serían las diez de la mañana; el enemigo casi tenía envueltas nuestras líneas de combate y, siguiendo su vieja táctica, incendió por diversos puntos el zacate seco de nuestro campo. El fuego avanzaba hacia el parque general. Nuestros muertos y heridos veíanse abrasados entre las llamas, y el humo denso nos ahogaba y nos ocultaba los movimientos...

»Y en esos momentos de suprema angustia, cuando el más valiente y el más sereno ve perdida toda su esperanza, se escuchó el aterrador grito de un teniente de artillería: "¡Mi general, no sirve el parque!", enseñando al general Corona un saquete picado de donde se escapaba la pólvora...

»El General en Jefe inmediatamente comprendió la tremenda situación y su inmensa responsabilidad ante el desastre; imperturbable y sereno..., dispuso violentamente la re-

paración del inutilizado parque, haciendo uso de los paños de sol y de cuanto lienzo se encontró a la mano.

»En efecto, los saquetes fueron envueltos en los paños de sol, los ayudantes convirtiéronse en obreros, y el fuego de artillería ya no se interrumpió. ¡La situación estaba salvada de momento!

»Entre tanto, fajinas de nuestros soldados apagaban el fuego del campo, y se despejaba el humo sofocante del incendiado zacate.

»A las doce del día, el enemigo redobló su terco y tremendo ataque, asaltando a la bayoneta nuestras líneas; pero la artillería nuestra hacía destrozos en sus desorganizadas columnas, y nuestros bravos soldados rechazaban con inaudito entusiasmo el impetuoso ataque. . .

»El combate se hizo general; los lozadeños redoblaban su empuje contra nuestras líneas de batalla; fué asaltada con decidido empeño la línea oriental ocupada por las dos compañías del 9º batallón que, sin pérdida de un momento, se reforzó con una pieza de artillería de montaña. Estábamos en esos momentos completamente sitiados.

»Después de algún tiempo de heroica resistencia, el enemigo fué rechazado en todas las líneas de combate. Después intentó de nuevo rehacerse y volver al asalto; pero sus esfuerzos fueron inútiles.

»El general Corona estaba inspirado. Ordenó que los batallones 14º y 21º, apoyados por el 6º de caballería y los gendarmes de Jalisco, al toque de degüello, a paso veloz y a escape, atacaran al grueso del enemigo. Entonces se escuchó el entusiasta grito de "¡A ellos!" y vivas al Supremo Gobierno y a la 4ª división.

»Nuestros soldados avanzaron más de cuatro kilómetros sobre el campo contrario por las lomas y por el camino de La Venta, y después de más de una hora de rudo combate regresaron trayendo cuatrocientos y tantos prisioneros, tres piezas de artillería y dos carros de parque quitados al ya desmoralizado enemigo.

»El éxito fué completo. Entonces se escucharon las alegres dianas, se redoblaron los entusiastas vivas, y se veía en todos los semblantes conmovedora alegría.¹⁹

»Entre tanto, los heridos eran llevados al improvisado

hospital de sangre, y los muertos, más numerosos aún, eran recogidos y depositados, con religioso silencio, cerca del mismo hospital.

»Allí contemplamos muertos al comandante Faustino Reyes y al subteniente Ávila, primeras víctimas del cumplimiento del deber; allí estaba agonizante el comandante Barragán, y tantos y tantos desconocidos mártires. . . !

»Los doctores Moralli y Aristoarena y los ambulantes se multiplicaban curando a los heridos; en aquella atmósfera de sangre sólo se escuchaban amargos quejidos y tristes lamentos.

»El enemigo procuró rehacerse; pero notábanse bien flojos sus fuegos, y únicamente grupos de caballería atrevíanse a acercarse a la extensa cadena de tiradores establecida al frente de las líneas de batalla. En diversas ocasiones, Lozada, con numerosa escolta de caballería, avanzaba muy cerca de nuestros soldados, mas los certeros disparos de la artillería dispersaban en completo desorden ese grupo, que dejaba algunos muertos en su fuga.

»En el resto de la tarde se levantó el campo y se recogieron multitud de muertos y heridos, tanto nuestros como del enemigo.

»Por falta de caballería, pues la nuestra estaba completamente agotada, no pudieron emprenderse operaciones ofensivas; el general Corona se limitó a tomar precauciones para proceder al siguiente día conforme las circunstancias lo demandaran.

»Llega la noche serena y fría; entonces cambió por completo el aspecto del campo de batalla; nuestros soldados descansaban con el arma al brazo; los dragones al pie de sus caballos y los artilleros al pie de sus cañones. Grupos de jefes y oficiales comentaban los múltiples episodios del combate. La sección sanitaria no cesaba en su triste misión.

»¡Allí estaban alegres y serenos los veteranos del extinguido Ejército de Occidente! Allí el general Corona, con su nunca desmentido valor y patriotismo y con su carácter jovial, departía alegremente con sus fatigados ayudantes; el general Saavedra, con su estoica calma y admirable serenidad; los generales Flores y Robles Linares y los coroneles Barrón, Romano, Mariles y Vargas, haciendo gala de su valor y buen

humor; los tenientes coroneles Pérez, Ornelas, Hernández y Gutiérrez y los comandantes Urrea, Chávarri, Saavedra, Zepeda, Bustamante, Jaime y Sandoval, todos de acreditado y reconocido valor; el asesor Lic. Bernardino Echauri, que recibió su bautizo de fuego con su jovialidad característica; allí estaban los denodados, entusiastas y valientes jóvenes comandantes Nicolás España y Agustín García Hernández; capitanes de Estado Mayor Bernardo Reyes, Melitón Hurtado y Manuel González, incansables y celosos por el cumplimiento de su deber; y también estaban allí otros olvidados patriotas y desconocidos héroes.

»El campo de batalla aparecía por demás bello y pintoresco; en el interior del gran campamento se encendieron luminarias que rodeaban nuestros cansados soldados. Oíanse los melancólicos gritos de "¡Alerta!" Aislados tiros venían del campo enemigo; y la blanca luz de la luna alumbraba nuestras victoriosas armas...

»El general Corona, rodeado de sus ayudantes, descansaba al pie de un corpulento árbol; y en su amena conversación sólo tenía elogio para todos y cada uno de sus subordinados: ni un solo momento dudó de la victoria, hablándonos desde esa memorable noche de sus futuros proyectos para emprender muy en breve la campaña de Alica.

»En el campo enemigo se notaba sospechoso silencio, interrumpido a veces por algunos tiros aislados que más bien parecían señas convencionales.

»Así se puso aquella fría y serena noche de invierno, y al despuntar el día 29 de enero, al hacerse nuevos reconocimientos, notamos que reinaba en el campo contrario la más profunda quietud. Era que Lozada, con su derrotada gente, había huído a la madrugada con rumbo a sus antiguas madrugueras.

»Inmediatamente procedióse a terminar de levantar el campo, recogiéndose aún algunos muertos y heridos que dejé abandonados el enemigo.

»A las nueve de la mañana, dispuso el General en Jefe que se reconcentraran las tropas y se hiciera el movimiento de contramarcha en dirección a Guadalajara, cuya plaza estaba en condiciones bien difíciles, movimiento que se hizo en orden inverso al de la columna organizada con anteriori-

dad. Se encargó el mando de la extrema retaguardia al general Prisciliano Flores, poniendo a sus órdenes al coronel Romano, con el 8º cuerpo de caballería.

»No bien estaba organizada la columna referida, cuando de nuevo se avistó al enemigo que como una avalancha se arrojó sobre nuestra retaguardia. Eran las caballerías de Lozada, que a las órdenes del viejo general Plácido Vega habían amagado la noche anterior la plaza de Guadalajara.

»Inmediatamente ordenó el general Corona que dos numerosas líneas de flanqueadores ocuparan la derecha y la izquierda de la columna, y que la batería de batalla contramarchara a situarse a nuestra extrema retaguardia.

»Los fuegos convergentes de la artillería y de las líneas de flanqueadores contuvieron bien pronto el impetuoso ataque de la caballería... En esa forma y paso a paso, en orden perfecto, emprendimos la contramarcha por el camino de Zapopan.

»Esa contramarcha llenó de admiración a todos los combatientes del día anterior; se palparon los conocimientos militares del General en Jefe, y su serenidad y heroico valor en la batalla.

»Durante esa marcha de retrogradación, cinco veces hizo alto la columna para resistir con vigor el ataque de don Plácido Vega, cuyas caballerías no bien retrocedían en desordenada dispersión, luego se reorganizaban y volvían a hostilizar el flanco izquierdo y la extrema retaguardia de nuestra columna.

»Así se pasó toda la mañana, mañana de continuos combates, en los que la metralla hizo estragos en el enemigo, que dejó el camino cubierto de muertos y heridos. Los fuegos de nuestros flanqueadores y la presencia del general Corona en los puntos de mayor peligro tuvieron siempre a raya a los indios lozadeños.

»Por fin, a medio día llegamos a la orilla de Zapopan, en donde se verificó el último asalto; el enemigo intentó un supremo esfuerzo, y fué dispersado por completo en las lomas situadas al Poniente de la citada Villa.

»Otra vez la victoria fué nuestra. Las alegres dianas y los entusiastas vivos conmovieron a nuestros heroicos soldados...

»A las dos de la tarde se encontraba reorganizada la triun-

fante columna; después de la descubierta, y entre dos filas de dragones, marchaban los prisioneros; en seguida los cañones y carros quitados al enemigo; luego el General en Jefe con su Estado Mayor y escolta; después las brigadas de infantería, la artillería y la ambulancia que conducía en literas, carros de transporte y carretas a numerosos heridos. A la retaguardia marchaba el denodado 6º cuerpo de caballería. Los gendarmes del Estado dieron las escoltas de Estados Mayores y prisioneros.

»A las cuatro de la tarde hacíamos entrada triunfal a Guadalajara, y éramos recibidos con inmenso regocijo. . . Repiques, salvas de artillería, infinidad de cohetes, delirantes gritos, vivas no interrumpidos y conmovedoras lágrimas, era el premio que daban las jaliscienses a sus salvadores.

»Difícil, aun imposible, sería pintar el entusiasmo de la ciudad salvada de la hecatombe. Con tantas y tan continuadas emociones, recibimos merecida recompensa a nuestros rudos y bien penosos trabajos.

»Después de pasar en columna de honor por el frente de Palacio, a donde llegó el general Corona, presenciando la marcha de sus tropas en compañía del gobernador constitucional, Lic. don Ignacio Luis Vallarta, y de los poderes del Estado, continuó la columna por la calle de Palacio, varió por la de Prisciliano Sánchez y volvió por la de San Francisco; al pasar por el frente de Catedral se mandó tocar fajina y se desarticuló la columna, marchando los cuerpos a sus respectivos alojamientos.

»Los hospitales de sangre fueron establecidos en el Colegio de San Juan, Universidad y Belén.

»El general Corona y sus ayudantes pasamos la noche en los citados hospitales, socorriendo y consolando a los heridos; éste fué nuestro descanso después de dos días de combate.

»El 1º de marzo siguiente, después de la revista de Comisario, emprendimos la campaña de Álica, cuyo resultado fué la temporal pacificación de aquella importante comarca de la República y la ejecución del temible cacique Lozada en las lomas de Los Metates, teatro de su primer crimen.»

Las fuerzas de Corona, que al salir de Guadalajara contaban con 2,241 soldados, según el Parte oficial del general, tuvieron 203 muertos y 115 heridos. Se consumieron 88 botes

de metralla, 626 granadas con espoleta metálica, 907 cartuchos de artillería y 117,849 cartuchos de infantería y caballería.²⁰

ACONTECIMIENTOS EN GUADALAJARA

En la noche del 28 de enero de 1873, mientras Corona se encontraba sitiado por Lozada en La Mojónera, Plácido Vega amenazó a Guadalajara con más de 2,000 hombres de caballería²¹ y exigió la rendición de la plaza; “pero la inquebrantable firmeza del gobernador Vallarta, del general Junguito, jefe de la escasa guarnición federal, y del veterano de la Independencia coronel José Guadalupe Montenegro, jefe de la improvisada Guardia Mutua, salvaron la situación con una enérgica negativa, animados por la llegada del 7^o batallón... [que] emprendió marcha forzada la noche anterior desde Ciudad Guzmán, haciendo una jornada de cuarenta y dos leguas sin descanso y llegando a dicha Capital lleno de ardiente entusiasmo por combatir a los enemigos de la sociedad.”²²

La intimación, firmada por Plácido Vega, fué dirigida a Vallarta y poco después al general Junguito. “En estos momentos, y cuando circulaban siniestros rumores acerca de la suerte del general Corona, a quien se suponía derrotado, se disolvió la Guardia Mutua”,²³ formada por 120 comerciantes; “pero no habiendo querido ponerse a las órdenes del gobierno porque decían que no tenían otro objeto que defender sus intereses, se la mandó disolver.”²⁴

“La ciudad no sufrió en estos días un robo, ni tuvimos que observar ningún desorden... Los exploradores que acaban de llegar aseguran que el destrozo sufrido por el enemigo es horrible. Personas venidas de La Venta, por donde pasó ayer Lozada, aseguran que sus heridos son cerca de 800, y que el campo se halla sembrado de multitud de cadáveres. Por los exploradores referidos se sabe que Lozada se retira hacia los pueblos del Poniente y rumbo a sus madrigueras.”²⁵

Poco después, el 5 de febrero, hacia publicar Corona la siguiente proclama: “Ramón Corona, general de división, a los ciudadanos jefes, oficiales y tropa que tuvo la honra de mandar en La Mojónera. Compañeros de armas: Os habéis

conducido heroicamente al rechazar las fuerzas vandálicas de Lozada, que en número cuatro veces mayor que el vuestro os atacaron el día 28 de enero en La Mojonera. Habéis salvado a la sociedad de un inminente peligro, y esto lo habéis hecho con tal inteligencia, disciplina y valor, que no vacilo en decir que sois el verdadero modelo del soldado republicano. Al cumplir con el deber de manifestároslo así, me siento orgulloso de teneros a mis órdenes, y felicito a la nación por contar con vosotros con tan dignos defensores de nuestras instituciones.”

CAUSAS DEL DESASTRE DE LOZADA

Situación en la facción rebelde.—La gente abandonaba la lucha a consecuencia de serias dificultades entre los jefes. El gobierno acomodaba con agrado en el ejército a los amnistiados, y no se vislumbraba la posibilidad de que los conservadores se rehicieran. A Lozada no le quedaba sino someterse o esperar una expedición que aniquilara sus mermados recursos militares. Los acontecimientos de Atonalisco y los recientes de Tepic, después de inútiles pláticas con el presidente Lerdo de Tejada, acabaron por precipitar la liquidación de este estado de cosas, con la determinación tomada en el pueblo de San Luis.

Situación en el Centro.—Al gobierno federal no le preocupaba el propósito de los rebeldes de apoderarse de los destinos de la nación. Se confiaba en que el movimiento no tardaría en ser sofocado. Así se explica que, por diferencias personales, con toda tranquilidad se expusiera a Corona a una probable derrota por parte de las fuerzas de Lozada y que se le retardaran los refuerzos y aun se le regateara el permiso para empeñar la batalla extramuros. Así se explica también que los planes del jefe liberal se redujeran a bloquear el objetivo inmediato del adversario, la ocupación de Guadalajara, que así vino a resultar el objetivo común. Si se lograba la derrota de Lozada, no habría por qué dudar del fácil exterminio de sus huestes. Esta consideración anulaba la desventaja por la imposibilidad de perseguir a los rebeldes, en el caso de que se les venciera.

Perspectivas de Lozada ante la batalla.—Sus ventajas: disponía de gran superioridad numérica, y su caballería era también, relativamente, muy numerosa. Sus deficiencias: se trataba de una lucha con aspectos extraños y difíciles. La llanura jalisciense, lejana de sus fuentes de abastecimiento, y la urgencia de ganar la acción, sin la posibilidad de mantener un sitio prolongado ni la de efectuar una desbandada para reunirse más tarde en un lugar predeterminado (usanza táctica de la guerrilla), de ninguna manera eran condiciones favorables. Parte de la fuerza estaba formada por gente inexperta, que se incorporó a última hora; el contingente iba sufriendo algunas deserciones a medida que se apartaba del terreno conocido. Su artillería era todavía más escasa que la de Corona. Las fuerzas del gobierno estaban mejor organizadas; y el triunfo de Querétaro, demasiado reciente, influía poderosamente en su ánimo.

La batalla.—Las tropas del gobierno tuvieron que salir de la ciudad, desechando toda idea de fortificarse en los edificios altos, plan que permitió a los conservadores destruir a López Uruga. Estaba presente la amenaza de los crímenes de los atacantes—lección de Ahualulco—si se resistía dentro de la ciudad.

El caserío de La Mojonera, amplio y bien bardado, rodeado de terreno casi plano, con un declive hacia el Poniente que se inicia a corta distancia, era grandemente favorable a Corona. En tales condiciones, Lozada no pudo sacar ventaja de la superioridad numérica ni de su caballería. El recurso del incendio del zacate en esa tierra nada exuberante era problema soluble; y una vez aisladas del fuego las rancherías, quedaron al descubierto los núcleos atacantes cada vez que avanzaban, convirtiéndose en blancos excelentes para los tiros de los fusileros y de la artillería del gobierno.

La lucha del 29 no ofreció ya peligro para los defensores; la caballería de Vega y la que permaneció próxima a La Mojonera no hicieron más que hostilizar a la columna que regresaba. En los accidentes topográficos inmediatos a Zapopan las cargas de los dragones dejaron de tener utilidad.

El amago a la ciudad de Guadalajara no pudo haber sido sino un ardid destinado a crear un estado de nerviosidad en

la población y en los elementos encargados de su defensa. Era una forma de evitar la posible salida de socorros a los sitiados en La Mojonera y de proteger, a la vez, a las fuerzas atacantes contra una sorpresa por la retaguardia. La medida satisfizo plenamente su finalidad; a pesar de los optimistas informes llegados del cuartel general, la presencia de la caballería enemiga en las goteras de la población dió lugar a una justificada alarma; además, Corona apresuró el regreso. El engaño no resultó efectivo, sin embargo, porque el fracaso frente a La Mojonera le quitó utilidad.

TRASCENDENCIA POLÍTICA DE LA BATALLA

Es casi seguro que la captura de Guadalajara se habría consumado si Corona hubiera perdido en La Mojonera. Tal vez el refuerzo recibido a última hora y la escasísima guarnición que quedó habrían resistido, replegándose en el centro, hasta la llegada de los contingentes enviados tardíamente por orden del Ministerio de la Guerra; pero hay que considerar tal probabilidad como remota. En cualquier forma, durante una oposición tenaz, la población habría quedado a merced de los atacantes. Los desmanes de los rebeldes y el trato despiadado de que habían sido objeto, por parte de Rojas, algunos pueblos de la zona genuinamente lozadeña, creaban fundadamente una atmósfera bastante preñada de amenazas.

Si, por otra parte, la ciudad se hubiera entregado sin combatir, cosa evidentemente contraria a los propósitos de Vallarta y Junguito, los atropellos contra la población pacífica que no militaba en el bando político liberal probablemente se habrían reducido a una fuerte exigencia económica. De seguro opinaron así los precavidos comerciantes, en medio de sus temores, cuando se negaron a participar en la defensa militar.

La ocupación fácil, que no hubiera dado oportunidad a los desahogos salvajes, habría podido tener, en cambio, mayores consecuencias políticas. Hay que tener presente que el germen antilderdistista tenía entre los liberales visos de seriedad y que, por otra parte, el partido conservador pudo haber hecho un intento postrero por recuperar el poder, sin comprometerse de inmediato.

“No es posible decir lo que habría sucedido si...”; pero ciertamente se puede afirmar que una fuerte variación favorable al intento de alterar el orden en un país que no encontraba estabilidad política, habría originado algunas repercusiones, aunque no podamos tener la pretensión de volver atrás para imaginar su importancia.

La batalla de La Mojonera fué el epílogo de la sangrienta lucha entre liberales y conservadores en el Occidente de la República. Las reformas se habían fijado a prueba de futuros vaivenes; y los intereses políticos irían tomando ya en el país otras banderas en las manos de los vencedores.

NOTAS

¹ Referido por la Srta. Margarita Rivas Retes, hija del político conservador Manuel Rivas.

² Juan C. MELENDRES, “Notas históricas del Estado de Nayarit”, en *El Progreso Nayarita*, enero de 1928.

³ Julio PÉREZ GONZÁLEZ, *Ensayo estadístico y geográfico del Territorio de Tepic*, Tepic, 1894, p. 501.

⁴ Información del Sr. Juan C. Melendres.

⁵ Francisco J. Zavala y Julio Pérez González, que formaban parte de la sociedad tepicense de aquellos días, dejaron interesantes escritos acerca de las actividades de Lozada. Con un sentido crítico superior al de Zavala, Pérez González realizó una obra de mayores proporciones. Zavala profesaba ostensiblemente ideas conservadoras, y tenía preferencia por la anécdota. De él son los siguientes párrafos, que esbozan un cuadro vivísimo de la situación de Tepic a partir de los acontecimientos del 2 de junio:

«Ocupado Tepic por la banda lozadeña, después del inesperado y pérfido albazo del Dos de Junio de 862, no había orden ni seguridad ninguna para los habitantes, especialmente para los que no habían prometido con la gente alicantina. Casi nadie circulaba por las calles, a no ser por premente necesidad de procurarse víveres o por otro negocio imprescindible; pero en los pequeños intervalos de quietud que dejaban los *colorados* de Corona, solíamos sacar las narices de nuestros escondrijos y penosa reclusión los que por circunstancias ineluctables teníamos que permanecer en aquel nido de odios y salvajismo, desafiando el peligro de tropezar a cada paso con algún pollo de la insolente gavilla, que nos hiciera pagar caro la incontinencia.

»Era una tarde ardiente y abrumadora del mes de agosto de 63, de aquellas en que en nuestros climas costeros se suspenden las lluvias por varios días, se ausentan los nublados y queda el cielo más azul y transparente que en el resto del año, porque no hay una mota de polvo que enturbie la atmósfera, y el sol chispea sobre pisos y paredes redoblando su brillo y fuego abrasador.

»Habíame conquistado un valioso y buen amigo, D. Julio Pérez, empleado de la plurimillonaria casa mercantil de Barron, Forbes & Co., que congeniaba conmigo por su afición al estudio y a la literatura, y me visitaba algunas veces que sus labores se lo permitían, como cuando tenía que pasar por la calle de mi alojamiento para ir a la fábrica de hilados y tejidos de Jauja, que dista cosa de un kilómetro al Noroeste de la población, a transmitir órdenes o desempeñar otra comisión de sus principales, que eran los dueños de aquella negociación.

»Como la casa de Barron estaba aliada con el cabecilla serrano, los agentes y dependientes de aquella gozaban de inmunidad entre los cachorros del Tigre y tenían curso libre y sin riesgo, aun en las ocasiones de alboroto, llamado allí *borrego*, que eran peligrosas aun para los mismos *macuaces*. *Borrego* era la alarma y pánico que se difundía instantáneamente cuando alguna partida o merodeadores sueltos de Corona penetraban dentro del caserío, tiroteando y acuchillando a los *macuaces* que hallaban al paso y llegando a veces hasta los puestos de guardia y Casa Consistorial, para regresar después a su campo, cuando ya más no podían, no sin dejar aquí y acullá algún muerto o maltrecho de ellos mismos que no pudieran recoger, y a los vecinos llenos de alarma y pavor, sumidos en lo más recóndito de sus viviendas, porque los lozadeños, durante largo tiempo, seguían correteando a pie y a caballo por todas las calles, ebrios y furiosos, arremetiendo, cintarcando y desvalijando a todo el que encontraban, cual si fuera beligerante enemigo, hasta que el rebato, los tiros y atropellos iban mermando poco a poco.

»La tarde a que me refiero...» (Francisco J. ZAVALA, *Ratos perdidos*, Guadalajara, 1911, pp. 267-269.)

⁶ Juan C. MELENDRES, art. cit.

⁷ PÉREZ GONZÁLEZ, *op. cit.*, p. 551.

⁸ Carta del comisionado Miguel Oseguera al general Manuel Losada, fechada en la capital de la República el 16 de diciembre de 1872, *apud* Ciro B. CEBALLOS, *Aurora y ocaso*, México, 1912, p. 122.

⁹ PÉREZ GONZÁLEZ, *op. cit.*, p. 561.

¹⁰ "...habiendo combatido la Constitución de 1857 durante la Guerra de Reforma, sólo pueden prestarle una obediencia pasiva [los pueblos del cacicazgo], por haberlo así ofrecido al gobierno triunfante que la proclamó, pero no aparecer hoy como sus defensores". (*Manifiesto del general Manuel Lozada*, San Luis, agosto 1º de 1872.)

¹¹ Las medidas que Lozada trató de poner en práctica eran una adjudicación de la *Ley para dirimir las diferencias sobre tierras y aguas entre los pueblos*, expedida por Maximiliano el 1º de noviembre de 1885, sugerida por la Junta Protectora de las Clases Menesterosas, órgano dedicado a estudiar las causas de los males del pueblo indigente y de proponer los remedios. La declinación del Imperio dejó en el vacío este decreto. Cf. *El Diario del Imperio*, 18 de diciembre de 1865.

¹² Como lo ilustra el siguiente pasaje: "...S. M. el Emperador recibió en audiencia particular, en Chapultepec, a los gobernadores de los pueblos pames en Tanlaim, en Chapultepec, a los gobernadores de los pueblos pames en Tanlaim, de Santa María de la Purificación, de Gamotes, San Nicolás Tampote, y de Pinihuán, del Distrito de Río Verde, los cua-

les como representantes de dichos pueblos, en número de catorce indígenas, se presentaron a manifestar su adhesión a S.S. MM., a nombre de todos los habitantes de ellos, y pedir algunas concesiones. Los indígenas dirigieron a S. M. el Emperador la siguiente alocución, que demuestra que los benéficos efectos que produce la institución de la Junta protectora de las clases menesterosas son conocidos aun en los pueblos más remotos. . ." (*El Diario del Imperio*, 28 de julio de 1865.)

13 En los escritos firmados por Lozada se ve siempre la mano de sus consejeros: los hay de todo tipo, desde los reflexivos y cuidadosamente redactados hasta los atropellados e incoherentes.

14 Para Lozada no pudo ser sino un suceso penoso la tragedia de Querétaro: "Porque con traición y con cautela tomaron [los republicanos] la plaza de Querétaro, habiendo sido asesinados el Emperador Maximiliano y los generales D. Miguel Miramón, D. Tomás Mejía y D. Ramón Méndez." (*Los pueblos del Estado de Nayarit, a la raza indígena y demás individuos que constituyen la clase menesterosa del pueblo mejicano*, San Luis de Lozada, septiembre 16 de 1870.)

15 *Periódico Oficial del Estado de Jalisco*, 30 de enero de 1873.

16 LUIS PÁEZ BROTCHE, "Don Manuel Lozada en la opinión tapatía", *Gaceta de Guadalajara*, 19 de agosto de 1951.

17 Ignacio L. MONTENEGRO (ayudante de campo del general Ramón Corona), "La batalla de La Mojонера", *El Diario de Occidente*, 28 de enero de 1913. De este artículo está tomada también la detallada descripción que cito en seguida.

18 El rancho de La Mojонера se halla al poniente de la carretera que une a la rama internacional Guadalajara-Nogales con la base aérea militar, a una distancia aproximada de dos kilómetros. Su actual propietario, Adolfo Barrera Martínez, conserva en buen estado dos pequeñas piezas contiguas situadas en el frente de la finca, en las que se instaló Corona; una de ellas, la que ocupa el extremo Sur, a la orilla del camino de La Venta, tiene un "tapanco" al que se sube por una escalera que parte de la otra pieza, con un mirador desde el cual se domina el campo de la batalla. Estaba provisto de troneras, que fueron sustituidas por ventanas pequeñas, al ser repuesto por ladrillo el adobe de una parte de la pared. La gran troje, que ocupa la mayor extensión al frente de la casa, se encuentra también en perfectas condiciones; sólo le falta una pequeña fracción, en el extremo Norte, donde ahora se halla una de las habitaciones de la familia.

19 A las 6 de la tarde del 28 de enero de 1873 se recibió en México el siguiente mensaje: "Ciudadano Ministro de la Guerra: Son las cuatro de la tarde y acabo de recibir del general Corona el siguiente parte de La Mojонера, cuatro leguas distante de esta capital.—Después de cinco horas de reñido combate, se han quitado al enemigo tres piezas, varios prisioneros hécholes; ya se retira.—Pondré parte detallado; comuníquelo al Supremo Gobierno y al Estado.—Momentos después dice el general Flores del mismo punto: Fuerte combate; victoria por nosotros. R. Junguito." Cf. Ciro B. CEBALLOS, *Aurora y ocaso, op. cit.*, p. 123.

²⁰ Cf. Manuel PORTILLO, *Apuntes histórico-geográficos del Departamento de Zapopan*, Guadalajara, 1889, p. 177.

²¹ La sección a las órdenes de Plácido Vega se componía aproximadamente de 500 jinetes, cuando salió de Ahuacatlán (información que me proporcionó el Sr. Juan C. Melendres, que a su vez la obtuvo de Adrián Jiménez, proveedor de las fuerzas de Lozada). Generalmente se calcula en 400 el número de los que llegaron a las goteras de Guadalajara. Los que atacaron la columna de Corona durante el regreso fueron, si no dos mil, por lo menos gran número, porque además de la fuerza de Vega iba la caballería a las órdenes de Domingo Nava y, de las brigadas de Ahuacatlán y Tepic, los núcleos que no se desbandaron. A estas brigadas atribuye Lozada su derrota; las fustiga al referirse a la acción del 29: "La caballería que quedó de ambas, por andar revuelta con las otras el miércoles en la mañana, sólo se ocupó de correr rumbo al Sur del campo que ocupaba el enemigo, solamente por no oír los tiros de fusil y de pieza del enemigo; así se debe creer, pues el enemigo iba lejos de ellos una legua." Esto acontecía "el miércoles [en que] se le dió alcance [a la columna de Corona] hasta las orillas de Zapopan." Cf. la *Comunicación de Lozada al Comandante de Garabatos*, fechada en San Luis, el 2 de febrero de 1873; Ciro B. CEBALLOS, *op. cit.*, p. 850.

²² Apéndice al artículo citado de I. L. MONTENEGRO, "La batalla de La Mojonera", *El Diario de Occidente*, 28 de enero de 1913.

²³ *Periódico Oficial del Estado de Jalisco*, núm. cit.

²⁴ Luis PÉREZ VERDÍA, *Historia del Estado de Jalisco*, Guadalajara, 1911, vol. III, p. 415. (Probablemente por error involuntario, Pérez Verdía sitúa el acontecimiento el día 25.)

²⁵ *Periódico Oficial del Estado de Jalisco*, núm. cit.